

Brian Nissen

La obscenidad sin culpa

Margo Glantz

Ha sido un artista multifacético, inquieto y heterodoxo a lo largo de las exitosas décadas de su trayectoria en las artes visuales. Hablamos de Brian Nissen, un espíritu dotado de gran creatividad y un don irrecusable para la amalgama de discursos de distinta fuente, como lo demuestra su permanente interés por el discurso literario. Margo Glantz desmenuza la obra más reciente del artista.

1

Admiro los dibujos de Brian Nissen reunidos en un volumen con el sugerente y adecuado nombre de *Farándula*.

Dibujos encontrados milagrosamente en un clóset.

Me acuerdo de inmediato de casos extraordinarios que nos ofrece la literatura de objetos reencontrados al azar, como el “Manuscrito hallado en una botella” de Edgar Allan Poe que viaja con su imaginación, mientras permanece anclado a su verdadera botella, la del alcohol, en Nueva Inglaterra, o el *Manuscrito encontrado en Zaragoza* del noble polaco Jan Potocki, escasamente conocido hasta mediados del siglo pasado y por tanto casi inédito. Este conde polaco, nacido en 1761, fue uno de los fundadores de la arqueología eslava, viajero infatigable como Brian, defensor de la libertad de prensa en Polonia, etnólogo y practicante casi a escondidas de un género muy en boga en los albores del Romanticismo, el cuento de terror y de aparecidos. Probablemente en 1805 se publican casi a hurtadillas y en francés

cien ejemplares de su hoy famoso libro que reaparece hacia 1814 en París y desde entonces se pierde en bibliotecas y archivos familiares, surgiendo de repente a la luz pública en breves y mutilados plagios de autores conocidos y románticos como los franceses Charles Nodier y Jacques Cazotte o el estadounidense Washington Irving. Roger Caillois rescata hacia 1950 la versión francesa, y hace muy poco su versión completa fue traducida por César Aira para la editorial Pre-textos.

Un libro de relatos dentro de otros relatos como cajas chinas.

Pienso asimismo en el *Adolfo* de Benjamin Constant, quien para disfrazar por partida doble un relato probablemente autobiográfico sin nombre de autor pretende haber encontrado el manuscrito de su libro en un albergue abandonado en un remoto lugar de Francia.

Y me acuerdo también de Marguerite Duras, quien encontró los manuscritos de su libro *La douleur* en una vieja maleta también sepultada en un clóset de su casa de campo. Pero descarto este último recuerdo; el

libro de Marguerite Duras es, como su nombre lo indica, un libro de recuerdos dolorosos, nada menos que los de los campos de concentración nazis de la Segunda Guerra Mundial y el regreso de su esposo Robert Antelme casi moribundo; el de Brian, obvio, es todo lo contrario, una verdadera farándula, como las que le gusta reconstruir a Montse Pecanins en sus divertidas e ingeniosas cajas.

Las cajas, siempre hay cajas en la vida de Brian y Montse, pues ¿no nos dice Brian en su prólogo, después de un ejercicio de memoria lo que una exposición retrospectiva en el Palacio de Bellas Artes le trajo?:

Un día empeñado en la búsqueda, encontré en mi estudio unas seis cajas con dibujos de los sesenta y setenta enterradas bajo un montón de carpetas viejas, cartones y objetos escacharrados. No me acordaba de ellos en absoluto, entre tantas mudanzas de país a país, tantos cambios de estudio a estudio, y tantos años corridos, su existencia estaba borrada de mi mente. Y bien puede ser que no los tenía presentes porque mi obra en pintura y escultura, que había desarrollado desde entonces, después tomaría rumbos distintos...

Pero Brian se equivoca, su obra tomó en cierta medida rumbos distintos, pero siempre mantuvo de manera obsesiva la representación de objetos que proliferan y se elevan gozosos por todos los rincones del cuadro y sobresalen después, puntiagudos y certeros, de las esculturas pintadas cuyos colores brillantes no consiguen ocultar esa gozosa profusión; objetos que intentan precipitarse en el vacío o suben disparados hacia el cielo como cohetes en celebraciones de fiestas patrias.

Siempre me llamaba la atención además, cuando visitaba a Brian y a Montse en su amplio departamento de Saint Mark's Place en Nueva York, la entrada del edificio donde se ostentaban enormes cucharas y tenedores de madera, seguramente adquiridos en los mercados mexicanos, para perpetuar esa decoración típicamente nisseniana, semejante a la que hoy aparece en los dibujos reproducidos en este libro publicado en coedición de editorial RM y Conaculta, y a la de los cuadros que adornan los muros de su casa en Payton Place.

Sí, no cabe duda, la mirada que de Brian se descubre en estos dibujos es su habitual mirada sobre los humanos, los animales y las cosas, ¿no lo asegura así su viejo amigo, inglés por añadidura, Michael Wood, cuando repitiendo una frase suya que pretende que esos dibu-



Brian Nissen, *Diagnóstico*

jos fueron realizados con “el ojo con que yo veía el mundo en esa época”, los considera en realidad “en gran parte el ojo con el que Brian sigue viendo el mundo”?

2

Hojeo el libro bellamente impreso, leo los títulos de los dibujos y también leo los títulos de los textos dedicados a él por distintos autores, cuyos encabezados son de Brian Nissen, dibujos y textos sobre el campo de México (quizá los primeros en haberse dibujado), de los periplos (en general y de las nacionalidades en particular; ¿acaso los pies y los ojos tienen su propia nacionalidad?, pregunta Michael Wood), del ocio, de la urbe, de los festines, de los cachondeos, sobre todo de los cachondeos —es un libro cachondo, y esto se comprueba con sólo leer los ensayos que los dibujos han engendrado, ensayos libidinosos como los de Alma Guillermoprieto, Jorge F. Hernández y las poesías de Sheridan o las de Alberto Ruy Sánchez, o la de los machos que describe Álvaro Enrígue o los desaguizados inspirados en los dibujos que relata Valeria Luiselli—, los textos sobre los consultorios, los tocadores, los amoríos y finalmente los textos y dibujos del *striptease*, aunque todo el libro sea un muestrario fabuloso de esta operación desvestidora, de una sabrosa obscenidad.

3

Y aquí me permito hacer una comparación: los dibujos de Francisco Toledo suelen ser obscenos, pero su obscenidad es agresiva, inquieta, incómoda, siempre maravillosa; la de Brian lo es también, maravillosa, pero nos tranquiliza, nos permite ser obscenos con naturalidad, sin culpa, con regocijo.

4

¿Humor inglés? ¿Humor mexicano? ¿Qué tipo de humor? ¿El que proviene de William Hogarth o el que proviene de José Guadalupe Posada y sus catrinas o el de los múltiples moneros que este país nos ha dado? ¿O es simplemente un humor especial, el humor de Brian?

Yo encuentro en sus dibujos muchos resabios del humor inglés, y también esa relación tan especial con los animales, pues como William Hogarth, su antecesor evidente —y como Joe Ackerley, y de algún modo el propio Brian en sus dibujos del campo—, inmortalizó a su perrita Trump en un famoso autorretrato. Recordemos lo que nos dice Brian en “La perra vida”, uno de sus dos textos tan perfectamente escritos en español:

La relación entre los seres humanos y los animales siempre ha sido tanto cercana como compleja. Desde el respeto que sentían las primeras tribus cazadoras por ellos, y la veneración a sus poderes, hasta la afición sentimental por exhibir perros perfumados, acicalados y premiados por sus atributos estéticos humanos, los animales —sean salvajes, domesticados o mascotas—, han sido nuestros compañeros de vida. Las mascotas, como los perros y los gatos, comparten nuestro diario existir, sobre todo en el entorno urbano contemporáneo, el cual nos permite —de alguna manera— mantenernos en contacto con el espíritu animal [y finaliza con esta nota humorística]: aunque dudo que quienes tienen tortugas pequeñas para hacerles compañía, gocen de esa relación.

Y sí, nada más hojear los dibujos incluidos en esta sección y leer con atención los títulos que Brian les ha dado basta para entender doblemente la ironía implícita en ellos. El campo, el rancho, la cerca, la choza, lugares típicos del campo mexicano, aparecen habitados por animales diversos, vigilados siempre por perros, y luego, representados en tonos grises, ocre y negro, según su raza y sus atributos: van desfilando ante nosotros los perdigueros, los perros de presa, los depredadores, las mascotas, los perros salvajes.

5

Me detengo otra vez e intercalo el texto del epígrafe de este capitulito, es de Winston Churchill, descendiente de aquel Lord Churchill que tanto admiró a Jonathan Swift, de quien hablaré en breve: “Tengo afecto a los cerdos. Los perros nos aprecian. Los gatos nos desprecian. Los cerdos nos tratan como iguales”.

6

Michael Wood piensa que

sería un error pensar en esas figuras y situaciones como grotescas. Son cómicas y se entretienen con formas humanas. Pero viven nuestras vidas y su aspecto caricatural es una advertencia, una invitación a no tomarnos demasiado en serio. Deberíamos en cambio ver el mundo que nos rodea tan claramente como podamos y atender especialmente a sus deformaciones, que muy a menudo son lo que tiene de más interesante. Nissen escribe de su afición por Hogarth, Posada y otros artistas. Su obra no se parece a la de ellos —no se parece a la obra de nadie, menos la del propio Nissen— pero sí ha dado una nueva vida a un espíritu antiguo, a la vez inglés y mexicano,



Brian Nissen, *Peepshow*

ofreciéndonos una visión en espejo cuya profusión nos podría asustar si no tuviéramos el refugio de la risa.

De acuerdo, pero no totalmente. Yo sí creo que Brian se parece a Hogarth, obviamente no en el trazado de sus dibujos, sino en su espíritu satírico, en la aguda captación de las flaquezas de los seres humanos, de sus absurdas ambiciones, de su caricaturesca manera de comportarse, de su grotesca forma de estar en el mundo. En Hogarth, hijo de su tiempo, hay el prurito de denunciar los vicios y la pretensión puritana de que con sus pinturas y grabados puede corregirlos. Brian los observa, los retrata, se ríe de ellos y con ellos: ¿una comedia humana? No, porque las comedias humanas se pintan para sacar de ellas una moraleja o para llegar al cielo conducidos por Virgilio. No hay espíritu didáctico ni moralista en Brian; no lo hay, pienso, no lo hay definitivamente. Sus caricaturas satirizan, pero no pretenden cambiar nada; muestran, realzan el aspecto ridículo de las cosas, los animales y los hombres, pero con regocijo, sin ninguna amargura, nos revelan una festiva concepción del mundo, y aunque el mundo pueda o pudiera ser —o es— repulsivo y trágico, ese aspecto no es tocado por Brian y, cuando lo hace, el mundo y sus problemas se aligeran: ¡Viva la vida! Con Brian Nissen, me divierto, compruebo la intensidad de su mirada. Me encanta el trazo eminentemente desenfadado de sus dibujos.

Ya lo dije antes, en Nissen priva el espíritu jocoso, no hay el deseo —religioso o didáctico— de corregir nada, sólo el retrato divertido, caricaturesco de los comportamientos y las apariencias.

7

Por eso también me recuerda a Jonathan Swift, quien, como dice Wikipedia, fue un escritor político y satírico inglés-irlandés, considerado uno de los maestros de la prosa en inglés y de los más apasionados satirizadores de la locura y la arrogancia humanas.

Inscribo, a guisa de ejemplo, un fragmento de uno de sus textos más conocidos: *Una humilde propuesta*.

Me ha asegurado un americano muy entendido que conozco en Londres, que un tierno niño sano y bien criado constituye al año de edad el alimento más delicioso, nutritivo y saludable, ya sea estofado, asado, al horno o hervido; y no dudo que servirá igualmente en un fricasé o un ragout. [...] Creo que todas las partes estarán de acuerdo en que tan prodigiosa cantidad de niños en los brazos de sus madres y a menudo de sus padres, o a sus espaldas, o pisándoles los talones, supone un motivo importante de queja adicional en el deplorable estado en el que se encuentra el reino actualmente; y, por lo tanto, cualquiera que pueda concebir un método justo, fácil y barato para que estos niños se conviertan en miembros sanos y útiles para la comunidad merecería que el pueblo erigiera una estatua en su honor como protector de la nación.

Pero lejos de mi intención está limitarme a considerar tan sólo a los hijos de los mendigos declarados; se trata de algo de mayor envergadura que afectará a todas las criaturas de una cierta edad que hayan nacido en una familia que, efectivamente, apenas pueda mantenerlos, siendo ese el motivo por el que se ven obligados a suplicar nuestra caridad por las calles.

Pero, aunque se parezca a Swift y se inserte en esa tradición, porque nunca está de más recordarlo, todos pertenecemos a una tradición y la de Brian es una tradición inglesa tanto pictórica como literaria y política, una tradición aderezada y trufada de lo mexicano, por los largos años que ha vivido en este país, yo veo en él una cercanía con Jorge Ibarguengoitia. Pero sobre todo con Tito Monterroso, quien escribe fábulas pero nunca pretende, como lo pretendieron sus antecesores en ese género —Esopo, La Fontaine o Samaniego—, corregir los vicios de su tiempo y menos, mucho menos, los de la sociedad mexicana. **U**

Brian Nissen, *Farándula. Dibujos 1966-1974*, RM/Conaculta, México, 2014, 192 pp.